

Frente libertario

Madrid,
16 de diciembre
de 1937

Número 349

editado por el comité de defensa confederal = región centro

UNA NECESIDAD URGENTE PARA LA ESPAÑA PROLETARIA

La solución rápida y cordial del pleito interno existente en la U. G. T.

No nos mueve el escribir estas líneas más que un deseo hondo y ferviente de ver desaparecido de una vez para siempre ese ambiente de discordia hostil y venenosa que se respira dentro de la sindical hermana. Creemos que ese ambiente es grandemente peligroso para la causa de todos los trabajadores españoles, porque crea un estado de escisión y de descontento en uno de los sectores más importantes de todos los que la integran. La hora es grave para la causa de la libertad. Es una hora en que todos los esfuerzos son necesarios y en que todas las contribuciones son útiles para afirmar más y más las posibilidades de triunfo de los humildes sobre la tiranía. Y por eso no creemos que exista nadie lo suficientemente inconsciente para persistir en actitudes egoístas, que no mirando para nada los intereses generales de los proletarios, tiende tan sólo a proporcionar satisfacciones personales por encima de las cuales debemos situarnos todos los que efectivamente queremos merecer el dictado de antifascistas leales y de fieles servidores de los trabajadores.

El pleito de la U. G. T., de una gravedad extrema por la situación de tirantez a que se ha llegado, ha trascendido como no podía ser por menos de la esfera estrictamente nacional y ha tomado estado ante los organismos internacionales de la Internacional Socialista. Y el resultado de la reunión previa en el seno de la Internacional Socialista ha sido el nombramiento de una Comisión que venga a España para, sobre el terreno, buscar la solución que corresponde en justicia y en verdad.

Una vez que esta solución se haya acordado es evidente que una de las partes tendrá razón; si no en su totalidad, sí, por lo menos, una razón parcial, que la puede hacer creerse victoriosa sobre la otra parte, olvidando que unos y otros son hermanos de

clase crecidos al calor de idénticas luchas y de iguales reivindicaciones proletarias.

Pues bien: en el mismo momento en que se llegue a base de las informaciones de los agentes internacionales destinados a ellos, a una solución, deben desaparecer radicalmente todas las reticencias y todos los malos deseos. No deben resultar ni vencedores ni vencidos; todo lo más equivocados, a pesar de poner en ello la mejor de las voluntades. Que nadie se ufane de una victoria que ni puede ni debe existir, y que nadie intente tampoco hacer sentir sobre el adversario circunstancial el peso de una derrota que no se merece.

Es necesario obrar con cordura y con cordialidad. Es necesario pensar en todo momento que por encima, muy por encima de posibles vanidades personales, están los supremos intereses de todos los proletarios, hoy gravemente comprometidos.

Entonces, sólo entonces, podrán hablar las partes que hoy pueden llamarse contendientes, fieles cumplidoras de los deberes que la hora les impone. Entonces, sólo enton-

ces, unos y otros podrán decir que han sido capaces de cumplir hasta el fin con los deberes que tienen como socialistas, como antifascistas, como hombres crecidos al calor de las reivindicaciones proletarias y como hombres que en todo momento están dispuestos a defender con todos los medios a su alcance esas reivindicaciones que hoy están a punto de lograrse para siempre o de derrumbarse de una manera definitiva.

Para obrar y hacer de esta manera basta sólo con dirigir una rápida ojeada al panorama internacional y al panorama de España. En España, frente a nosotros, un enemigo que vela las armas dispuesto a asaltos más violentos que ninguno de los hasta ahora llevados a cabo; en el orden internacional, una serie de países de filiación típicamente fascistas que se preparan también al asalto de las libertades de todo el mundo.

Y una vez visto esto, no es preciso ser ningún lince para comprender que cualquier discordia, cualquier mala voluntad que entre nosotros exista, es un arma excelente que suministramos al enemigo.

BOLAS DE PAPEL

Nos sentimos inclinados muchas veces a darle la razón a Pío Baroja —aunque ahora, verdaderamente, no se lo merezca por la equívoca actitud que mantiene frente al dolor de su pueblo— en aquella afirmación tan dado a repetir, de que los españoles en general y los meridionales particularmente somos unos seres poco imaginativos.

Solia don Pío, con demasiada frecuencia hacer uso de su despiadado bisturí, clavándolo en las carnes morenas de los semitas españoles, como si él hubiera sido uno de esos arios que se creen de raza superior y desprecian, altaneros, a quien no le es consanguíneo. Se anticipó, con este motivo, en bastantes de sus obras, a la corriente xenofóbica que hoy priva en Alemania y otros países. Quizá su cuarterón de sangre lombarda le impulsaba a ello. Lo cierto es que, la fantasía que a él le sobra para rellenar con imágenes creadas los vacíos bilingües invenciones contra nuestros

adversarios tan disparatadamente abhistóricos o tradicionales de sus famosas narraciones, nos haría falta ahora a muchos de los que nos hemos improvisado periodistas en este período de guerra y revolución, para abrillantar, con la facultad suma de todo escritor interesante, cualquiera de los múltiples temas que nos vemos impulsados a remover.

Pero ocurre que hay una especie de pudor manifiesto en casi la mayoría de los que tienen que reseñar algo de lo mucho y grandioso que está ocurriendo en nuestro país. Parecemos todos deslumbrados por los acontecimientos; y no cabe la menor duda que la obra en conjunto viene siendo superior a los hombres que la registran. Mas la buena voluntad de todos y el tesón con que se lleva a cabo mantiene un fondo de honradez profesional que es digno de la mayor estimación.

¿Qué ocurriría entre nosotros si alguno se atreviera a lanzar a la pu-

surdas y grotescas como las que ellos se remiten a estampar de continuo, referentes a nuestras cosas?

Hasta para sus ofensivas literarias se valen los facciosos del contrabando; de una Prensa que no deja de actuar en corso. Y lo hace de esta o parecida manera:

A uno de los más inspirados lanzabulos de las oficinas de propaganda fascista se le ocurre una idea macabra del infierno comunista, que pueda impresionar a las pobres gentes nutridas con su lectura. Inmediatamente se hace el guión, que es traducido a distintos idiomas y propagado por todas las Agencias y radioemisoras internacionales al servicio de los poderosos que subvencionan ese movimiento estrangulador de pueblos.

La noticia corre, a la vez, por muchos países, reforzada en los altavoces, con caracteres cubitales que resaltan de una forma insolente en casi todos los periódicos, incluso en muchos de aquellos que se creen inmunes a tal peste y que suelen ser sorprendidos por la sutil infiltración.

Ha estallado por fin la mentira que sólo tiende, por lo general, a sembrar el descontento entre las gentes, si bien muchas veces sirven de globos sonda para tantear la opinión.

Alemanes e italianos son ya maestros en tales artimañas. Los periodistas encargados de esta misión —lo son todos: desde el que hace

el comentario político hasta el que redacta las gacetillas necrológicas— han de ponerse siempre a escribir pensando en el enemigo, a quien conviene atacar en aquel momento. Y les salen los trabajos destilando tanta hiel, que los lectores dan inmediatamente por bien muertos a todos los que aquellos quisieran matar con sus plumas.

De nuestra actuación en la guerra y en las escenas revolucionarias han hecho un espectáculo de sadismo desenfundado, que nosotros evitamos reproducir cuando de ellos se trata, aunque, desgraciadamente, sea verdad, por un poco de respeto a gentes que hablan nuestro mismo idioma y se han creído redimir alguna vez con el nombre de España en los labios.

A ellos y a todos los que pudieran leerlos queremos decirles, a través de las murallas de calumnias levantadas contra nosotros, que jamás los españoles, que aspiran a una transformación revolucionaria de la sociedad que hasta aquí soportaron, se han manchado la conciencia con crímenes semejantes. Día llegará en que pueda compararse el comportamiento de los unos y los otros que en la Península cruzan sus armas. Nosotros esperamos serenamente en el juicio de la Historia, seguros de que no podrán falsearla por mucho que lo deseen.

Visado por la censura

La "C. N. T." fuerza creadora

Negar capacidad administrativa a las Organizaciones sindicales es tanto como negarles el derecho a responsabilizarse en la administración pública. Por lo que afecta a la C. N. T., al alcance de cualquier estudioso del movimiento obrero está su capacidad política y administrativa. Una Organización como la C. N. T. puede en estas horas consolidar la posición antifascista del Gobierno frente al fascismo invasor de las tierras españolas, con su colaboración desinteresada; porque bien probado está que en su paso por el Gobierno jamás intentó nuestra sindical una obra exclusiva de tendencia. Sus puntos de mira son más elevados de lo que muchos creen. Le interesa más a la Confederación Nacional del Trabajo el bienestar del pueblo en general que el bienestar de sus propios afiliados. Siempre ha considerado la C. N. T. al pueblo trabajador como un apéndice de la vida económica y social del país. Partiendo de esta base, su actuación siempre ha sido encaminada a realizaciones inmediatas que pudieran beneficiar a la masa compacta de todos los productores.

Es la C. N. T. una fuerza creadora. Nadie podrá desmentirlo. La prueba la tenemos en los organismos que ha sabido crear durante el transcurso de su existencia para defenderse en el terreno de la lucha de clases. Y más reciente la tenemos en las funciones que supo dar a los organismos creados al fragor de la sublevación fascista. Con más o menos retraso, sus iniciativas fueron adaptándose en los primeros meses de la sublevación. Cábemos el honor de haber sido los primeros iniciadores de la creación de un Ejército Popular disciplinado, tal y como entendemos la disciplina los que nos apartamos de los viejos tópicos militares, que la ponían toda en la fuerza y en el temor del pueblo, mientras que nosotros la ponemos en la autoeducación del individuo, el cual automáticamente se disciplina cuando ve en peligro las libertades y el bienestar del pueblo.

En la gerencia de las fábricas y de muchas industrias, lo mismo que en el campo, existen también pruebas palpables de su conciencia y de su espíritu creador. En la zona de los cuarteles, por ejemplo, el que se acuerda de la disciplina y el que se acuerda de la moral. Apartada esta Organización queda debilitada el propio Gobierno y menguada la resistencia moral del pueblo, porque la mayoría de este mismo pueblo, que tantos sacrificios ha hecho para vencer al fascismo, no se ve debidamente representada en el Frente Popular a secas.

Sin necesidad de rectificación, hay posibilidades aún de soldar la unidad antifascista con materiales inquebrantables, y éstos son los que pueden facilitar las Organizaciones sindicales. En su actuación en el movimiento obrero, en la zona de los cuarteles, en la zona de los cuarteles. Es con el conjunto de las fuerzas proletarias colaborando en un Gobierno que responda al sentido combativo de los obreros como se podrá afianzar la posición democrática en nuestro país y en Europa frente al fascismo internacional.

Frete libertario

La opinión de los números en la farsa político-diplomática

Desde hace años, los Gobiernos de la burguesía liberal, democrática, se preparan a ser víctimas de la provocación irresponsable de los Gobiernos fascistas y de la remisión con que les dejan carta blanca para que éstos últimos hagan en China, en España y en Etiopía todo lo que quieran; se justifican diciendo que, si no cediesen, la Humanidad se vería lanzada a una guerra mundial que sería la ruina de todos. La posición que adoptan los Gobiernos de Inglaterra, Francia, frente al imperialismo fascista no es sincera, por muchas razones.

1.° Estos Gobiernos son tan militaristas como los otros, y no tienen a la guerra tanto horror como dicen, puesto que la preparan con sus armamentos.

2.° Ya desde hoy los Gobiernos más arriba nombrados están armados hasta tal punto que, queriendo, podrían fácilmente hacer frente a la coalición de Gobiernos fascistas; es decir, de Italia, Alemania y Japón. Efectivamente, los Gobiernos no fascistas conjuntamente poseen: 8.500 aeroplanos contra 5.700 que poseen los tres Gobiernos fascistas; más de 2.000.000 de soldados frente a 1.700.000; 2.175.000 toneladas de buques de guerra frente a 1.400.000 poseídas por el bloque enemigo.

3.° Es verdad que el primer bloque tendría, en caso de guerra, una mayor superficie que defender; pero es también verdad que posee infinidad de recursos, en tanto que el bloque enemigo tiene limitadísimos centros de aprovisionamiento. Por otra parte, la misma extensión de las posesiones de los Gobiernos del primer bloque sería una garantía, y no la última, de su invencibilidad.

4.° Aun sin contar con la alianza de los Estados Unidos, que no podría faltar al primer bloque, éste controla ya la mayor parte de riquezas de toda clase—desde el oro a las materias primas—del mundo, en tanto que los Gobiernos del segundo bloque carecen de ellas o las poseen en limitadísima cantidad.

Esta situación desmiente plenamente la justificación que los Gobiernos no fascistas dan a su actitud permisiva frente a las provocaciones fascistas. No se puede tomar en serio ni un solo minuto la pretensión de que Francia, Inglaterra y Rusia, unidas, tengan miedo a la alianza italo-germano-nipona; ni puede creerse un solo momento que estos tres Gobiernos osasen resistir la voluntad de las tres primeras potencias, cuando supiesen que se expondrían, en caso contrario, al peligro de una guerra.

Y cómo se explica entonces que los Gobiernos no fascistas dejen hacer, sabiendo que las provocaciones fascistas conducirán de todas maneras a la guerra y que la guerra será más dura cuando el Japón se haya apoderado de China y Alemania e Italia de las colonias africanas y de los recursos de España?

La razón está clara. Porque no están unidos entre sí en la política que pretenden seguir y, sobre todo, porque no están de acuerdo con los sentimientos y con los intereses de las clases en nombre y por cuenta de las cuales cada uno gobierna en su propio país.

En Francia, en Inglaterra, existen muchos potentes política y económicamente que tienen simpatía por el régimen fascista, que aprueban la política de Hitler y de Mussolini, que aplauden las rapiñas de Etiopía y la invasión española, que están más dispuestos a tolerar el estupro que de China hace el Japón que a avanzar entre las gentes amarillas en las ideas de autonomía y de redención social, o de hacer votos por el triunfo en España del antifascismo proletario y libertario.

Estos Gobiernos que se dicen antifascistas, democráticos, liberales, tienen, en realidad, miedo, no a las provocaciones hitlerianas y mussolinianas, sino del hitlerismo, del mussolinismo y del mikadismo, que prosperan en los salones y en los saloncillos, en los clubs y en las oficinas de la plutocracia y de la burocracia. En otras palabras: las pretensiones liberales, democráticas de los principales Gobiernos que se llaman antifascistas son abofeteadas impunemente en el terreno de la diplomacia internacional.

Y esto corresponde estrictamente a la verdad más exacta, a la verdad capaz de dar vista a los ciegos de nacimiento o a los que han llegado a serlo por obtusos mentales.

LO QUE CONVENDRÍA A LOS CHINOS

Menos demostraciones navales y más actitudes firmes y decididas

En las recientes operaciones guerreras en China han surgido unos incidentes (de alguna manera hay que llamar a las cosas que ocurren para que no se molesten las potencias fascistas), de los cuales han resultado unos cuantos muertos entre los marinos yanquis e ingleses que tripulaban los dos cañoneros de una y otra nación, que han resultado hundidos.

Naturalmente, se han conmovido las esferas, se han terciado las capas, calado los chambergos, requerido las espadas... y se ha enterrado a los muertos, que es una de las más piadosas obras de misericordia de que nos habla el Catecismo.

Se ha hablado de que Inglaterra y

Estados Unidos se proponen hacer una demostración naval. La finalidad no es otra que atemorizar a los japoneses; pero nos calculamos que quien pagará las consecuencias serán... los chinos.

Desde luego nos parece profundamente ridículo que a estas alturas se esté hablando todavía de demostraciones navales y de semejantes lindezas por el estilo.

Cuando llevamos diecisiete meses de lucha ininterrumpida en España, cuando desde hace también varios meses la guerra ruge en los campos de China, cuando han caído víctimas de los deseos imperialistas de las potencias fascistas miles y miles de hombres que sólo tenían un deseo de vivir en paz y de progresar, es una ironía de mal gusto que se hable de demostraciones navales como supremo remedio.

Y a los chinos y a todos los proletarios del mundo les convendría infinitamente más una actitud firme que cerrase definitivamente el paso a las aspiraciones inmoderadas del Japón y de todos sus aliados y similares.

LOS VOLATINES TRAGICOS DEL "DUCE" ENTRE LA GUERRA Y EL RIDICULO

Nos encontramos una vez más ante una de aquellas farsas que ponen en peligro la paz del mundo.

Los histriones de la política totalitaria no cesan en sus desmesurados gestos dramáticos; continuamente se encuentran en escena y ocupan siempre el puesto más visible para el espectador. Su poca escénica, de la cual se muestran extremadamente celosos, exige una continuada y bastante ridícula contorsión. Y a pesar de que debieran callar más de una vez, con un aire bizarramente declaratorio demuestran su impaciencia para irrumpir cuanto antes en el diálogo. Rigurosamente hablando, el comediante totalitario pretende que toda su tragedia sea un monólogo.

Mussolini, sin duda alguna, es un ejemplo característico de estas dotes histrionías. Su civismo desenfrenado no le permite separarse un solo momento de las candilejas; se trata claramente de un histrionismo absorbente; no se conforma con ser el punto de apoyo de la farsa, sino que quiere ser la farsa misma y toda la farsa. Su gesto retráctil de la Sociedad de Naciones constituye por sí mismo un gesto de gran teatralidad. Para hacer este nuevo volatín en el ambiente internacional le ha bastado con convocar urgentemente el gran Consejo Fascista. El dictador anuncia previamente su entrada en escena rodeado nada menos que de toda la monotonía representativa del Gran Consejo Fascista. La vistuosidad del grandioso espectáculo tiene algo de maravilloso, quizás algo más maravilloso y extraordinario que una visita al Museo Zoológico, de Londres, o a cualquier serrallo donde las fieras se

muestran taciturnas y silenciosas bajo el influjo del domador.

Las decisiones del Gran Consejo se anunciarán inmediatamente y con gran pompa desde el balcón del palacio Venecia. El transfuga, un día director del periódico «Avanti», quiere cobrarse entre ensordecedores clamores de aquel pobre y obscuro vegetal de otros tiempos.

¡Ave César! Toda tu escandalosa notoriedad, todo tu fragilísimo poder de esta hora por ti infamada, vale mucho menos que cualquiera de aquellos mediocres artículos periodísticos que con mucha frecuencia te llevaban a la cárcel por no haber dejado de ser todavía un hombre honrado.

¿Y ahora? Ahora el gran tragicómico, deshonor y vergüenza de Italia, aparece nuevamente en la escena del ridículo.

El mundo entero se ha sentido turbado al simple anuncio del estúpido espectáculo. ¿Abocamos a la guerra?, se preguntan tontamente muchos. No, no vamos a la guerra, al menos por eso. Mussolini no juega la carta de la guerra; juega sencillamente aquella otra carta que es la amenaza de la guerra. Y este su íntimo designio, a pesar de ser conocido, no deja, sin embargo, de ofrecer grandes peligros. La simple amenaza de la guerra podría romper el inestable equilibrio de la paz. Sin duda es así; pero bien distinta es la finalidad del dictador de Italia. Probablemente pretende que las democracias europeas se apresuren a ofrecerle voluntarias reparaciones para aplacar las iras de este muñeco de paja con pose de Júpiter Tonante. Su finalidad, se puede estar seguro de ello, no va más allá. Y sin embargo... la política internacional atraviesa, al mismo tiempo, una fase bastante visible de hiperestesia, y cualquier imprudencia del género mussoliniano tiene fuerza suficiente para producir una catástrofe. Mussolini alza la tea encendida, a pesar de saber que en torno a él existe mucha materia inflamable; el juego del «duce» es extremadamente temerario.

A decir verdad, en estos últimos tiempos la suerte ni le fué propicia; y quién sabe si sus trágicas salidas de tono no son por primera vez sinceras; y de un ególatra perdido se pueden esperar todas las insensateces.

Italia, hasta hoy, continuaba en la Sociedad de Naciones en calidad de miembro pasivo y desdénoso. Si no había roto los lazos oficiales que la mantenían ligada al organismo ginebrino no era por eso menos visible su alejamiento. Esa cautela previosa que induce a Rusia a no perder el contacto con las ruedas del engranaje internacional, por escasa que sea su confianza en las asambleas diplomáticas, ha tenido en Italia una fiel imitadora por lo que a la Sociedad de Naciones se refiere. Toda rotura con la Liga de Ginebra significa repudio de las fórmulas jurídicas compromisorias. Mussolini parece encontrarse en el punto de afrontar oficialmente su completo divorcio con el Derecho Internacional. Italia quiere tener las manos libres ¿para qué? Su política de agresión se escondía hasta ahora en una hipotética clandestinidad; en lo porvenir, el Estado italiano podrá desenvolverse con mayor desenvoltura. Sus aventuras terroristas producirán, como contrapartida, riesgos de gran volumen, de los que hasta ahora carecía. Por consiguiente, la jugada es sumamente peligrosa; en ella Italia está destinada a perder, a menos que no abandone la vaga nebulosa en la cual se debaten sus equívocas amenazas y salte resueltamente al campo de la guerra efectiva.

La actitud de Mussolini da una respuesta adecuada a las tentativas diplomáticas, en las cuales se ejercita Inglaterra para atraerse a Alemania. El eje Berlín-Roma va a ser sometido a la más dura prueba. La farsa preparada por el maldito histrion de Roma pudiera tener un desenvolvimiento catastrófico. Ante el declinar de las potencias democráticas podría darse el caso de que Mussolini llegase a creer que había llegado el momento de agarrarse desesperadamente, como Sansón, a las columnas del templo. Pero habiendo él mismo anunciado el suceso repetidamente es también de creer que los modernos filisteos, por su parte, habrán tomado las precauciones oportunas.

Alarmismos y advertencias

Pues señor, ¡estamos que no nos llega la camisa al cuerpo! Y es que la cosa no es para menos. Empezaron primero unos niños y unas niñas que se dedicaron a dar vueltas por Madrid, llevando cada grupo su correspondiente altavoz y que a voz en grito repetían una y otra vez algo así como: «¡Preparaos, que ahora viene lo "gordo"! ¡Lo que nos hemos "divertido" hasta ahora va a ser tortas y pan pintado comparado con lo que nos vamos a divertir dentro de unos días! Y así seguían los hijos de nuestra alma animando al vecindario madrileño.

La cosa no era demasiado agradable, pero como los protagonistas eran en su casi totalidad niños que no cumplen las disposiciones sobre evacuación, y como, por otra parte, hay que ayudar a que la infancia se divierta, se podía tolerar.

Vino después algo ya bastante más serio, aunque a nosotros frecuentemente nos hace mucha gracia: «consigneando». Y lo siguió haciendo, sobre poco más o menos, como lo hacían los chicos de los altavoces, si bien con el vozarrón estruendoso y las versales del 24 que son características del nunca bastante alabado. Esto ya la gente lo tomó con un poco más de reflexión y empezó a preocuparse. ¡Caray, caray! ¡Cuando tanto dicen, algo habrá!

Pues bien: todo eso que se ha hecho nos parece necesario. Lo que no nos parece bien es el tono tenebroso, acobardado, que se emplea y se ha empleado para anunciar al pueblo los acontecimientos que se avecinan. Y para predisponer su espíritu a nuevas y más enconadas luchas y a nuevos y más costosos sacrificios.

Siempre hemos sido acérrimos partidarios de hacer conocer al pueblo la verdad, sólo la verdad y toda la verdad, por cruda y amarga que ésta fuese. Pero eso hay que hacérselo saber siempre en todo momento, en gran estilo, en estilo de lucha y de fe en la victoria, en estilo promotor de nuevos heroísmos, en estilo firme y tenso que anuncie la voluntad del pueblo y de sus dirigentes de superar todas las gestas pasadas.

¡Así, sí! ¡Así es como se lanza a los pueblos a las más difíciles hazañas con plenas posibilidades de victoria!

Todo lo demás sólo puede hacer palidecer a los vacilantes y hacer vacilar a los decididos.